



El alma de América

JOFFRE, el Mariscal del Marne, al gritar hace poco aún en el Capitolio de Washington: "Vive l'Amérique", equivocó ingenuamente, con suprema satisfacción para los anglosajones, este nombre común con el de Estados Unidos que él quería vitorear. Y no hace un año todavía el preclaro José Enrique Rodó contemplaba desde las gradas del Capitolio Romano una "inquietud presagiosa" de la loba-nodriz de la raza latina, que parecía buscar en este lejano Occidente "nueva libertad y nuevo espacio".

Sin saberlo, surgente del acaso, el insigne escritor de la América Latina y el héroe francés acababan de plantearnos el problema panamericano por excelencia: ¿Cuál es el alma que representa al Continente? ¿Hay *una* alma americana?

Por ley de la memoria retenemos de las combinaciones de palabras los últimos fonemas, y así de "Estados Unidos de América" la humanidad ha conservado "América" como denominación suficiente. Y, siguiendo el instinto, las grandes naciones, al mirar a un lugar, sólo ven al más peligroso de sus adversarios; por lo cual Europa, al nombrar este Continente, sólo se acuerda de los Estados Unidos. De ahí, pues, que ante el mundo, como en los labios del Mariscal

Joffre, "Viva la América" signifique el triunfo de la nación anglosajona, aunque veinte banderas libres y gloriosas también floten dignamente en el suelo americano que va del Río Grande al extremo sur de la Patagonia.

Mas es hoy el caso de preguntarnos a nosotros mismos, americanos del norte y del centro y del mediodía, si en verdad existe algún ideal común o interés común que en el pasado o en el presente o en el futuro constituya "un alma americana" definida y armonizadora. Algo que corresponda al esfuerzo de la doctrina panamericana de las cancillerías y de los congresos. Yo me lo he preguntado allá en las mesetas de los Andes Suramericanos, y aquí a la ribera del Potomac, allá en San Pedro Alejandrino y aquí en Monte Vernon, y hallo preciso, urgente aún, establecer la verdad.

No hay *una* alma americana todavía. El alma anglosajona domina con su lengua y por sólo la virtud de su lengua en la América del Norte. Los Estados Unidos recibieron sangre de la raza germana de varias nacionalidades, hasta el período contemporáneo, la última generación, para decirlo claramente, en que obtiene, muy a su pesar por cierto, una inundación de todo origen étnico, hebreo y latino sobre todo. Pero fue el habla y es el habla lo que constituye su personalidad. Ni el alemán, ni el italiano aportan un ápice del alma nacional, porque no tienen el habla. La sangre no vale un punto ante la lengua. Alemania misma, que le dió millones de sus hijos, muchísimas veces más que Inglaterra, que todo el Reino Unido; Alemania, que le dió toda su civilización, porque Estados Unidos es, hasta

esta hora en que estoy escribiendo, una colonia intelectual de Alemania, no pudo ni con su sangre, ni con toda su inmensa sabiduría, imponerle un ápice de su espíritu; y al llegar el conflicto universal que vamos viendo, Estados Unidos se pone del lado de su cultura, de su habla, al lado de Inglaterra, y son ellos, con Bélgica, quienes causan la derrota de los Imperios Centrales.

El alma de los pueblos es el habla. Al llegar aquí el americano del Sur es..... "Spanish". En la mente del yanqui esto es confuso, significa "Spaniard", y le preguntan por Alfonso XIII. A veces son más ilustrados y comprenden la separación que hay entre España e Hispano-América, y con mucha precaución tratan de saber si su país (el Continente Suramericano) es república o algún reino. Otros hay que han tenido más comunicación con los "Spanish" y le preguntan, digamos, a un colombiano del extremo Norte por el Sr. X de Santiago de Chile o Buenos Aires. Excepción hecha de la Cancillería, de algunas buenas empresas periodísticas y de las agencias comerciales, Sur América es para el norteamericano una nebulosa geográfica, indescifrable, fantástica.

El sentimiento no está mejor diferenciado que el conocimiento: el "Spanish" no es más estimado que el calmuco, digamos, o el albanés. Se le mira de arriba a abajo con la rápida percepción del yanqui, y con la más ingenua naturalidad le preguntan: "¿No prefiere Vd. este país a su tierra natal?"..... Le cantan himnos a una "Colombia" ideal que sería el alma común americana a través de la gloria del inmortal genovés; pero los

Peregrinos, William Penn y aun el casi legendario Leif, predicán en sus corazones el amado nexu anglosajón.

En las intenciones sí alcanzan mayor definición y consecuencia. Las intenciones de grandes y pequeños, de políticos y comerciantes, unas son, una sólo es, quizá: que se trasluzcan las estrellas de los Estados Unidos a través de las banderas de los pueblos americanos. Tal vez hoy "América para los Americanos" no significa más tierras para la Unión Americana, sino simplemente más gloria, riqueza y poderío. De algo más tendrán aún que apoderarse por la inercia misma del impulso imperialista que los lanzó sobre istmos y archipiélagos, mas no lo quieren ya y sólo se someten a ello por una determinante previsión. No entienden sin embargo, que una república americana piense y quiera lo que no quieren y piensan los Estados Unidos: eso sería extravagante, inconducente y aun creo que "injusto". Ellos son como los jefes de un hogar..... pero de un hogar a la antigua; pues creo que la moral de esta nación, como la de todas las grandes naciones, anda varios siglos atrás de la moral de sus propios ciudadanos. Tal vez se parezcan un poco a los antiguos señores feudales—¿cómo ver uno tan hondamente?—, y allá en lo íntimo de su alma seamos para ellos sólo sus mesnadas: Recuerdo, que al entrar algunas Repúblicas del Sur en protestas contra Alemania, sus declaraciones eran tenidas aquí como lo más natural del mundo..... "¿Y qué és que no nos siguen las otras todavía?" preguntaban asombrados.

En los Congresos panamericanos se extreman

las manifestaciones de cordialidad. Ello parece que fuera una alma americana palpitante y uniforme la que los preside. Mas no es así. Al despedirse el anglosajón de sus camaradas latinos, un suspiro de descanso se percibe, a pesar de la gratitud de una hidalguísima hospitalidad. La sonrisa franca de las relaciones cordiales aparece, y, en la pura lengua de Castilla se oye un exabrupto: "Ahora sí estamos aquí..... nosotros"; y entre la risa fresca de espíritus aliviados del rigor de la etiqueta y del rigor de una lengua gutural, desde el joven adjunto de la embajada hasta el anciano profesor saltan a la mitad del aposento y charlan de anécdotas salerosas y de agrídulces comentarios. El mismo brasilero en su idioma es entendido y entiende el castellano, y quizá contribuye con el exotismo de sus palabras a abri-llantar la conversación.

Es un hálito de fraternidad que brota de las entrañas del instinto racial. Por las torcidas calles de la académica Boston vamos un par de colombianos. Un transeunte oye nuestra plática en español, se detiene y mirándonos nos dice: "Buenos días, camaradas". ¿Quién es él? No lo sabemos. Vamos a comer juntos, juntos vamos al teatro. Estamos felices, se charla de todo, cada cual cuenta su vida a su manera. Y ya a tiempo de despedirnos—¿quién es él?—se nos antoja preguntar: es un chileno del extremo sur del Continente, y tan hermanos como si hubiera nacido en Antioquia la nostálgica ciudad de Robledo, o en Cartagena de Indias.....!

Allá en Bogotá se reunió por el año de 1910 un Congreso Internacional de Estudiantes. Fué una

fiesta de ideales universitarios bajo el amparo del amor a Colombia, la grande, la indivisa, la de la Guerra Magna. Un día al entrar a una sesión en el Capitolio Nacional, uno de los delegados ecuatorianos me dice con marcada emoción: "Esta es, ésta sí es el alma del pueblo." —Pero, ¿qué ocurre?, le pregunto yo; y él me responde: Andaba por los suburbios curioso de ver costumbres populares, y al pronto comprendo que me miran las gentes y hablan entre sí diciéndose: "Este es de los de Ecuador, yo los quiero porque son como nuestros hermanos." Y el joven delegado repetía: "Esto sí, esto viene del alma nacional", y le brillaban de entusiasmo patriótico las negras pupilas de latino-americano. "Esta sí es el alma del pueblo." Y recuerdo yo todavía que los universitarios de Chile, al ver al H. Teodoro Roosevelt que recorre ufanamente las avenidas de Santiago, resienten su crueldad para con Colombia y por encima del silencio de las cancillerías lo silban en masa como reprobación inapelable de un Continente libre a su agresor inmune. ¡Qué diferencia de sentimientos si comparamos este hecho con la apoteosis que Caracas rinde a Carlos Arturo Torres y Lima a Samuel Ramírez Arbeláez, los esclarecidos diplomáticos colombianos a quienes la muerte sorprendió en mitad de su carrera buscando la gloriosa y apenas soterrada fraternidad de las Repúblicas Bolivianas!

Y este es el sentimiento real y palpitante que puede engendrar el alma de América. Es el panamericanismo verdadero que existió siempre en la historia de nuestras nacionalidades. *Un panamericanismo a la manera latina*: Veinticinco

mil veteranos españoles, de los veteranos que sabe engendrar España, dominan el Perú y el alto Perú. Bolívar y San Martín oyen en sus corazones la palpitación de ese panamericanismo de hidalga cepa española y —¡ Vamos!, se dicen, ¿cuál de los dos irá a batirse por la tierra de sus hermanos? Y surgen en la historia americana Ayacucho y Junín; y surgen dos repúblicas más en el Mundo de Colón. Años más tarde el *americanismo anglosajón* hizo su obra en Nicaragua y Panamá.

¡ Cuán diferentes son! El panamericanismo latino se yergue en las Repúblicas hispanas ante el ataque al Perú que intentan los españoles a mediados del siglo XIX, y hay un bullir como de lobeznos airados de la vieja loba latina. Pueblos y gobernantes simpatizan con la libertad de Cuba y tratan de ayudarla en cuanto les es posible: Simón Bolívar y más tarde el Presidente Tomás Cipriano Mosquera acarician el plan de expediciones libertadoras, en cierne muerto por la oposición categórica de los Estados Unidos. Ante el derecho internacional naciente, Colombia, cuando según la expresión de Monroe, era la república más grande y promisoria del mundo, proclama el arbitraje obligatorio y trata de reunir a los plenipotenciarios de todas las naciones americanas en el Istmo en que más tarde había de efectuarse la afrenta de ese Derecho por parte de la diplomacia anglosajona.

Y este panamericanismo latino tiene también su doctrina Monroe consuetudinaria: Colombia oye decir que el Paraguay, el para ella remoto Paraguay, está amenazado de guerra por poten-

cias europeas, y declara, ¡oh belleza de los hechos!, que todo paraguayo será en adelante ciudadano de Colombia también. Y Estados Unidos, ante la anarquía asoladora que engendraron en México las Compañías explotadoras de petróleo, aprovecha la situación para ridiculizar ante el mundo al pueblo hermano, enfermo entonces de locura revolucionaria, y presentarlo en los cinematógrafos populares como una madriguera de bandidos cuyas hordas son vencidas mil y mil veces por héroes y heroínas yanquis, para estímulo grandilocuente del patriotismo de los párvulos de la inmensa República Sajona!

Es una lejanía infranqueable y una incomprensión total las que nos separan en el espacio y en el espíritu. Nuestros grandes hombres son propiedad común latinoamericana, y todos a una nos enorgullecemos de Francisco García Calderón, Machado de Asís, José Enrique Rosó, Carlos Arturo Torres, Cuervo, Bello, Sarmiento, Montalvo, etc., y todos los queremos como algo propio latinoamericano. Pero a Norte América no llegan estos nombres que han logrado aun pasar sobre el Atlántico y hallar eco de amor en Europa. No. Y nosotros, que sí conocemos a Poe, Emerson, Longfellow, James y a cuantos descollaron y descuellan en la cultura norteamericana, no los consideramos como propios, ni su gloria se refleja en ninguna de nuestras nacionalidades. Así también en el campo de la ciencia; así, y mil veces más intensa aún la incomprensión, cuando se trata de políticos y estadistas latinoamericanos. Son dos mundos diferentes, con una zona de silencio entre los dos.

Mas no debemos proclamar ninguna animadversión, ingenua por otra parte y muy perjudicial. La Gran República Norteamericana tiene sus gloriosas tradiciones, su glorioso presente y un porvenir imponderable. Ha prestado servicios inmensos a la civilización y a la democracia. Tiene virtudes envidiables, excelsas aún. La personalidad del norteamericano se distingue por su sano concepto de la vida, optimista, muy fecundo y audaz. Su entendimiento formado para las aplicaciones inmediatas, a la manera del entendimiento femenino que, por otra parte, triunfa ya y seguirá triunfando en este medio ambiente, se subordina al propósito más útil por la vía más corta y eficaz, con una presteza de soluciones que asombra. Sus emociones y pasiones obedecen a la ley común y a la conveniencia personal con tal naturalidad, que parecen seguir cauces propios ya formados. Sus sentimientos, de los cuales el patriótico está un poco exagerado y quizá un poco deprimido el familiar, pero bellamente desarrollado el meramente social, siguen las normas de la más pura democracia, de la justicia y del mutuo apoyo, aun en los negocios, y más que todo en la religión y en el gobierno. Su carácter firme, verídico, ingenuo aún, de mucha laboriosidad y laudable filantropía, con una infinita ternura por los niños y un respeto profundo por los derechos de los demás, constituye una personalidad sin pliegues que no sabe generalizar ciertamente, ni es muy idealista por lo tanto, pero sí buena en sus desig-nios y eficaz en sus propósitos. Una personalidad práctica, contenta de su vivir.

De ahí, pues, que a esta Gran República debamos volver los ojos en busca de preparación para las lides del trabajo, en busca de industria y de comercio y de profunda especialización científica. En busca de ecuanimidad política y de previsión internacional, sobre todo. A ella deben venir las jóvenes generaciones latinoamericanas en busca de sólida preparación. A ella deben venir nuestros estadistas en busca de laudable ecuanimidad y justicia. Porque la civilización será norteamericana: todas las corrientes de la humanidad convergen a estas onduladas planicies, serenas y fecundas. Todas las corrientes internas del alma de este pueblo le conducen a la especialización, reglamentación y subordinación a un fin, que engendrarán la máxima civilización del mundo. El está resolviendo casi todos los grandes problemas de la vida contemporánea—los más escabrosos problemas—, y si es verdad que ya se inicia donde menos lo ve una carcoma de su grandeza futura, ello dará tiempo todavía a maravillosas realizaciones.

El alma de la civilización americana será, pues, anglosajona.

No así la cultura: Aquella espiritualidad excelsa que abarca el arte, las buenas maneras y la filosofía; aquella depuración del espíritu que busca las tesis trascendentales de la vida y las emociones sublimadas, que mira a los fines remotos con mirada sibilina y crea valores ideales para la lucha humana: Esa será latina, esa será el alma de la cultura americana. De esos pueblos de enardecidas pasiones, de emociones rápidas y de anhelos indefinidos y misteriosos; inquietos,

generosos y audaces; religiosos hasta el fanatismo, imprevisores políticos e industriales; mártires de su propia alma, con una personalidad enferma, triste, disociada entre ideas del siglo veinticinco y sentimientos del siglo doce; con heroísmo desordenado y prodigiosas capacidades mentales, infecundas a veces por exceso de generalización; capaces de lo máximo, emprendedores de lo imposible, realizadores de muy poco por lógica y torturadora resultante; aristocráticos, soñadores de supremos ideales en la verdad, el bien y la belleza, pero que, descuidados en el proceso útil de la hora y del espacio próximos, resultan a su pesar ineficaces, injustos, irreducibles, de una personalidad portentosamente compleja, pero débil al fin, y que aislada luce, en la familia es un tesoro, y en la comunidad a veces poco menos que inadecuada y estorbosa; de una personalidad que recorre en un segundo todas las etapas, para caer agobiada de fatiga muy cerca ya del triunfo real, de la realización aprovechable y definitiva.

Pero aun así, de la producción desconectada de su alma inquieta y genial, surge una diadema de fulgurantes resplandores, una diadema de cultura.

¿Cuál de las dos predominará? El juicio nos favorece, a mi entender: Roma codificadora, conquistadora, ejemplar; y Atenas embriagada de misteriosas cavilaciones, son el ejemplo de un triunfo fallado ya en la historia de las naciones.

Nuestro puede ser el porvenir. Pero es preciso contribuir a su advenimiento. Sembradores previsivos, debemos tomar semillas de aquella civilización sajona para que, arraigadas en nuestro suelo, su raigambre lo consolide y el follaje de su

robusta vegetación dé sombra propicia a la delicada estructura de la vegetación cultural.

Así dentro de nosotros mismos, en lo interior de nuestras nacionalidades. Pero sin olvidar algo fundamental: aquello que el publicista chileno Teodomiro Yáñez proclamó en frase que es una campanada clamante y armoniosa: "Ha llegado la hora de hacer pensar a la personalidad internacional latinoamericana."

La personalidad internacional latinoamericana puede pensar un formulario de limitaciones a la doctrina de Monroe; que la conveniencia de recibir beneficios tiene también determinada restricción, pues—tomando un símil delicado—podemos decir que es más prudente la doncella que declina el excesivo agasajo de un galán, que la incauta que confía demasiado en una protección que puede ser principio de desdorosa propiedad.

Aquellas naciones latinoamericanas que con demasiado celo diplomático buscan el regazo de la amistad norteamericana en defensa de su comercio y de su benévola actitud internacional en relación con sus vecinos, hallarían las mismas soluciones que buscan sin desertar del hogar latino; las hallarían ciertamente, con más el honor indeclinable de ser factores de primer orden en nuestro Continente, dentro de la hermosa autonomía que han sabido conquistarse y pueden conservar aún. La renunciación de la propia soberanía en la vida diplomática americana no constituye factor de triunfos duraderos, pues si alguno hubiera todos querrían aprovecharle, deprimiéndose al fin a bajo precio el sumo bien de constituir una personalidad internacional. De la

misma manera el inmoderado afán, desconcertante y pueril, que se presiente en las cancillerías latinoamericanas de ejercer predominio moral y tutoría diplomática sobre otros Estados menos favorecidos quizás por la fortuna, es un espejismo falaz para ellas mismas y dilatorio de un concierto útil. Mejor que eso, la unión diplomática del mundo latinoamericano, igualatoria y sincera, nos engrandecería, sin menoscabar en nada, ni ofender, hoy aún, a la Gran República del Norte. Que antes bien, unidas así ante el mundo, la civilización sajona y la cultura latinoamericana se apoyarían mutuamente sin esta recelosa preocupación actual.

Y así, también, el alma de América sería el alma de la cultura latinoamericana en ese territorio inmenso que riegan y fecundan el Amazonas y el Plata, el Orinoco y el Magdalena, como otros cuatro ríos misteriosos del legendario Edén, quizá del Edén futuro que la humanidad trae dormido entre ilusiones en el fondo de su corazón desde los comienzos de su vida racional; en estas dilatadas florestas de frondosa e inagotable vegetación; en estas cordilleras de ricas gemas y metales preciosos que domina el Chimborazo cual una deidad de la tierra que nos indicase el porvenir de la humanidad, libre y feliz y señora de nuevos e inescrutables recursos..... En esas incomprendidas democracias latinoamericanas, donde la loba nodriza de la raza realizará por fin las ilusiones de su "presajiosa inquietud".

LUIS LOPEZ DE MESA

Washington, 5 de julio de 1917.

(Cultura. Bogotá.)

Uno, dos, tres....

El tren que salía de Berlín iba lleno de mujeres y de niños: a duras penas se veía en él un hombre de aspecto fuerte.

En un carro un soldado del *Landsturm*, de cabellos grises, estaba sentado junto a una mujer, de cabellos blancos, débil y enferma.

Entre el ruido de las ruedas del carro los pasajeros oían a la anciana contar: *Uno, dos, tres*, como absorta en un pensamiento fijo. Y repetía las palabras a cortos intervalos: *Uno, dos, tres*.

Dos jovencitas sentadas cerca empezaron a reírse burlonamente, tapándose la boca, mientras cambiaban palabras tontas a propósito del cuento de la anciana. Un hombre, entrado en años, tal vez su padre, las reprendió en voz baja. Hubo un silencio.

Uno, dos, tres, volvió inconsciente a decir la anciana. Otra vez las niñas se rieron tapándose la boca. El viejo soldado del *Landsturm* se dirigió a ellas y les dijo con acento grave:

—Tal vez dejarán ustedes de reírse cuando sepan que esta pobre anciana es mi esposa. Acabamos de perder a nuestros tres hijos en las últimas batallas. Antes de seguir para el frente, llevo a mi mujer a un asilo de locas.

Y entonces hubo un silencio terrible en el carro.

Belgrano y los Generales Prusianos

PUDIERA decirse que la guerra reafirma el principio de que no hay nada absoluto en los asuntos humanos, ni acaso en la victoria! Esta última puede interpretarse además de varios modos. Evidentemente, el conflicto actual ha demostrado que una victoria real y permanente no está necesariamente vinculada a un hecho de armas sorprendente, decisivo y en la apariencia abrumador.

Dos incidentes de la historia militar, muy distanciados el uno del otro, comprueban lo que decimos: Tomemos como ejemplos la ocupación opresora de Bélgica, por las fuerzas alemanas, en la presente guerra; y la expedición de Belgrano al Paraguay, efectuada hace algo más de un siglo. Nada más desemejante que el modo como se llevaron a cabo estas dos expediciones; y en la mente de aquellos que consideran la doctrina de la fuerza insana como el elemento más poderoso en casos tales, nada más sorprendente que sus respectivos resultados.

Todos conocemos la manera como los alemanes efectuaron su entrada en Bélgica. La fuerza abrumadora de cañones gigantes cuya existencia había sido un secreto para el mundo hasta entonces; las formidables falanges de hombres; la complacencia depravada y cínica de los oficiales prusianos, quienes, ante la angustia y la tortura de los habitantes, recorrían el país en sus autos como si se tratase de una partida campestre. Luego fué estrechándose más y más el dogal prusiano en la garganta de

la Bélgica desvalida; haciéndose sentir más el esfuerzo de oficiales y guarniciones en el sentido de exterminar en la cuna la nacionalidad belga. Por doquiera se dictaron órdenes y reglamentos para forzar la transformación del país invadido para siempre en provincia del Imperio teutón; hasta el punto de disponer que no se entregarían las cartas, procedentes del extranjero, que no llevasen la palabra "Alemania" en vez de la de "Bélgica" en el lugar en que antes se acostumbraba poner esta última!

De acuerdo con todas las leyes de la humana autocracia, dijérase que Bélgica independiente hubiera visto su último día. Primer fruto del botín de la conquista emprendida, el país había venido a ser parte integrante del Imperio de la Europa Central. Se había concluido una página de historia. "Pasemos a otra página!" se dijeron los germanos. "La victoria en Bélgica ha quedado consumada!"

Hoy ya no dicen lo mismo, porque saben que, después de todo, la página no quedó completa. Y no lo fué a pesar de que la sangre de los belgas—hombres, mujeres y niños—corrió a torrentes. No les fué posible volver la hoja, a pesar de que Von Bissing asesinó a Edith Cavell. La sangre vertida por la libertad en el suelo belga saturó el espíritu nacional hasta hacerlo inmortal.

El prusiano lo sabe ahora. Hoy cabalga intranquilo en su corcel de guerra, ese corcel cuyos cascos no han logrado extirpar la vida de los leales hijos de Bélgica. Y está intranquilo porque sabe que mañana será derribado de la silla y que aquellos a quienes ha ultrajado y tiranizado esperan oír el golpe de su caída con una ansiedad que la hace más temible todavía. Su primer triunfo fué la rea-

lización del sueño prusiano y la pesadilla de Bélgica. Hoy estamos en vísperas de que torne la realidad.

Basta lo dicho acerca de la labor prusiana en los comienzos del siglo XX. Emprendamos ahora una hazaña más sencilla que la acometida por los prusianos, y pasando a la frontera del Paraguay volvamos las páginas de la historia de hace más de una centuria. Cuando Belgrano condujo sus tropas desde Buenos Aires hasta el Paraguay, su objeto fué el de convencer a los paraguayos de que uniesen su esfuerzo al de los suramericanos en su lucha contra los españoles. Como los paraguayos no estaban preparados para esto, surgió el desagrado y se rompieron las hostilidades, con el resultado de que las tropas de Buenos Aires avanzaron sobre las posiciones paraguayas. La suerte quiso que el gran argentino fuese derrotado dos veces: la primera en Paraguarí, el 19 de Enero de 1811, y la segunda el 9 de Marzo en Tacuará.

Este último golpe fué decisivo. Al pasar revista a los restos de su valerosa fuerza, Belgrano comprendió que no le quedaba otro camino que retirarse hacia el Sur y abandonar la empresa. El fallo de las armas le había sido decididamente adverso, y aquí tenemos el primer contraste entre la suerte de su ejército en el Paraguay y la del despotismo prusiano en Bélgica.

Antes de emprender su marcha de regreso, hacia el Sur, Belgrano celebró un armisticio con el ejército paraguayo. En el curso de este armisticio los soldados de los dos ejércitos fraternizaron y los oficiales se relacionaron mucho unos con otros. Entonces triunfó el espíritu de Belgrano. Muchos otros jefes se habrían decepcionado ante los reve-

ses que sus armas sufrieron; pero Belgrano nó. Inspirado por el espíritu de la libertad, se relacionó con los oficiales paraguayos y su notable personalidad despertó en ellos el interés que no podía menos de despertar.

No solamente hizo Belgrano pleno uso de sus facultades de razonamiento en sus conversaciones con los adversarios de la víspera, sino que proclamó su política en las cláusulas del armisticio. "Paz, Unión, plena confianza, comercio libre y liberal," fué el fondo de la proclama que Belgrano lanzó de tan inspirada manera. Luégo se retiró con sus tropas hacia el Sur, de donde había venido.

Pero véase la consecuencia! Dos meses más tarde el Paraguay declaró formalmente su independencia y ocupó su puesto al lado de los que hacían oposición a la causa realista española. Como resultado de esto la nueva República comenzó su carrera, como Estado soberano, el 12 de Octubre de 1811.

Vengo ahora al fin de mi propósito, encaminado a formular una lección objetiva. Para los argentinos al menos, el caso no requiere explicación; pero ¿no es el contraste notable? De un lado tenemos a los alemanes que han ganado grandes batallas en Bélgica y que todo lo que han obtenido es el odio de los belgas y que están en vísperas de perder el suelo oprinido por su conquista; y de otro lado tenemos a Belgrano, derrotado en las batallas, es cierto, pero ganando a los paraguayos a su causa, por medio de una fuerza más poderosa que la de las armas, alcanzando así una victoria mayor y perdurable. El mundo fué mejor por haber tenido a un Manuel Belgrano. ¿Puede decirse lo mismo de von Bissing y sus confederados?

W. H. KOEBEL

(*El Marconigrama*. Londres.)

La crítica en crisis (*)

Lo mucho que hoy se lee puede apreciarse de diversas maneras; y una de ellas, y no de las menos significativas, es considerando lo que se ha esparcido la crítica y notando la abundancia de críticos.

Pero no sólo se ha esparcido la crítica, y como consecuencia se ha adulterado en no pocas ocasiones, sino que, en todo el pasado siglo y lo que va de éste, ha tomado matices muy distintos. Desde la bonachona o mal humorada crítica de pedagogo de un La Harpe, un Lista o un Hermosilla, pasando por la amena, petulante y curiosamente escudriñadora de un Sainte-Beuve, hasta llegar a las generalizaciones tan amplias como resbaladizas de un Taine o los minuciosos análisis e inagotables clasificaciones de un Hennequin, no cabría en muchos volúmenes lo que en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en España y en todas partes se ha escrito para

(*) Del Prólogo a los artículos y discursos de don Fernando de la Vega.

justipreciar y aquilatar lo que otros han escrito. Y no hablo, desde luego, de la crítica impresionista, porque no es crítica, sino una forma muy moderna de literatura exquisita.

No trato de sentar una paradoja mortificante. Disecciones literarias y, sobre todo, panegíricos o diatribas de escritores y artistas, los ha habido siempre. Tipo Aristarco. Pero la crítica, tal como se comprende en nuestros tiempos, capaz de penetrarse del espíritu de un autor y de asistir a su íntima labor creadora, de darse cuenta del caudal de ideas y sentimientos que han venido a confluír en él, y de avalorar los influjos de atracción y repulsión de su sociedad habitual y de su medio más amplio; poseída de la imparcialidad que da la costumbre de objetivar la materia de estudio y de la tolerancia que infunde el comercio desinteresado con las opiniones, esta crítica es producto natural y en cierto modo exclusivo de la libertad de pensar, fruto el máspreciado de la gran civilización moderna.

Al discurrir sobre este hecho, de tanta importancia moral, no puede uno menos de recordar, sobrecogido de espanto, la serie continua de catástrofes estruendosas que se ha desencadenado sobre el mundo desde hace ya tres largos años, sin que alboree por parte alguna su término. Porque su inmediata consecuencia, la que se va sintiendo casi por igual en todos los países occidentales, ha sido la re-

ducción a límites muy estrechos, cuando no la supresión pura y simple, de ese derecho humano, el de expresarse libremente de palabra y por escrito, sin el cual no es el ciudadano tal ciudadano, sino mera unidad viviente o mera máquina automática.

El hombre ha hablado siempre, es decir, ha empleado, desde que aparece en la historia, el lenguaje articulado. Pero, durante siglos y siglos, no lo ha usado para expresar públicamente su pensamiento, cuando éste implicaba censura o disconformidad, sino con toda suerte de circunloquios y atenuaciones. De las naciones que conocemos, la primera en romper el freno que la autoridad y la costumbre le tenían sujeto a la boca, fué Inglaterra. Los países que no recibieron directamente la herencia latina, funesta por tantos aspectos sociales, precedieron a éstos en el libre empleo de la palabra, y se lo enseñaron. El hombre de occidente aprendió poco a poco a no temer a los déspotas de fuera, al soberano y sus agentes, y poco a poco también a soltarse del terror de sus tiranos interiores, de sus prejuicios, creencias y supersticiones.

Esta espléndida fábrica de la libertad, que es fuente de todas las otras, se estremece y bambolea. Hasta en las naciones que pasaban por modelo y paladión del derecho político, como la federación norteamericana, ocurren sucesos que nadie hubiera creído realizables

hace cuatro años. Ahora mismo, con motivo de una gran manifestación llevada a cabo por los negros de Nueva York, para protestar de crueles atropellos contra los negros de San Luis, ha tenido lugar uno, que ha debido pasar y llenar de recelo a los americanos que aún conservan el amor a sus libres instituciones. La policía, la policía neoyorquina, ha arrebatado de las manos a los manifestantes una bandera, en cuyo campo se destacaba una mujer de hinojos, implorando del presidente Wilson que vele por la democracia de América, antes de ir a defenderla a Europa.

¡Qué clarividencia la de las víctimas, y cómo contrasta con la imperturbable obcecación de los que debieran ser sus defensores! Porque a esto nos contestarán en coro millares de voces, que la magna empresa a que se ha lanzado seguido de su pueblo ese democrático prócer, exige que se desatienda, es decir, que se sacrifique a unos pocos, para pensar sólo en las grandes ideas generales que se van a sacar a salvo mañana o pasado mañana.

Bajemos la cabeza, reconociendo que lo malo es ser pocos, y lo peor, lo pésimo, ser uno. Los socialistas y, si no ellos precisamente, sus ideas triunfan; y el individuo desaparece aplastado, triturado, reducido a polvo impalpable. Por desgracia, el individuo, cada individuo, sufre él solo su aplastamiento, su trituración y pulverización, y de todo ello se da clara

cuenta en ese funesto sagrario de su conciencia.

¿Cómo han de seguir siendo fructuosos para la crítica tiempos como los presentes? Esta poderosa actividad del espíritu es de lo más individual que puede concebirse. Criticar significa en puridad juzgar; y el juicio en su esencia es siempre y en todas partes unipersonal; aunque luego se refleje en muchos y haga partícipes de su decisión a multitudes. Por eso la gran edad, el siglo de oro, de la crítica, ha sido la que ha precedido, durante más de ocho décadas, a la estupenda guerra actual. Antes pesaban demasiadas cadenas sobre la mente humana, y lo peor era que no se las tenía por tales. Los cojos habían decretado la necesidad universal de las muletas. Andar derecho resultaba una monstruosidad. Disentir, el crimen de los crímenes. Y en Valladolid como en Ginebra solía purgarse en la hoguera.

Poderosa fuerza, sin embargo, es la que lleva a escudriñar con el deseo sincero de ver, y de acertar en el juicio que la vista impone. Por lo mismo que han venido tiempos adversos para la crítica, conviene en alto grado aplaudirla y estimularla, donde quiera que se presente, en cualquier dominio de la actividad humana que se ejercite. Gran disolvente de preocupaciones, en el espíritu en que prende y echa raíces, crea el hábito poderoso de investigar, y al

fin le pone alas para aventar ideas rancias y para volar. Peores tiempos de los que pueden preverse vendrían para la humanidad, si se perdiese el camino de ese alto refugio de las mentes inconformes con la realidad deficiente y que anhelan luminosos horizontes.

ENRIQUE JOSE VARONA

La Habana, 10 de agosto de 1917.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

—Corramos siempre más allá de los deberes señalados y quedémonos más acá de los placeres permitidos.

—No nos cansemos de arrojar en nuestra ruta semillas de compasión y de simpatía. Muchas se perderán, sin duda; pero con una sola que prenda sentiremos perfumado el camino y regocijada nuestra mirada.

—Generalmente pudiera aplicarse al rumor de las conversaciones mundanas el proverbio persa: "Oigo el ruido del molino, pero no veo la harina."

—En los matrimonios apellidados de conveniencia, la primera desgracia de los esposos suele ser precisamente el no convenirse.

—Es necesario ser creyente para combatir la superstición, liberal para oponerse a la licencia, profundamente religioso para oponerse al fanatismo y preconizar la tolerancia.

—Cuando en vez de servir a los hombres se presta servicio a las ideas, no se sufren decepciones: las ideas triunfan o no triunfan, pero no dejan de ser lo que son.

—El gran peligro de los hombres de ingenio es que no están más fortificados que los demás contra el error, y que tienen en sí mismos mil recursos para hacerlo nocivo.

MADAME SWETCHINE

Gesta Magna

POR LEOPOLDO LUGONES

Diana

Emperador de púrpura que atraviesas la historia,
como una vena de oro la desligada escoria,
traduciendo en la ahullante voz de tu clarinada
el inaudito acento de la palabra armada
del Dios de los Ejércitos; libertador que aspiras
el aire de las albas en tu montaña de iras,
y echas sobre el escombros de los altares falsos
cepas de dulces viñas en postes de cadalsos,
a fin de que florezca bajo el haz de los soles
la redención soñada de las futuras proles —
abriéndote en los flancos una herida tan vasta
que en ella quepa toda la noche; fuerte casta
de los insignes, que alzas en plinto de trofeos,
sobre torsos de Alcides, testas de Macabeos,
dolorando con tus cóleras empresas y episodios,
y absorbiendo las sombras en llamaradas de odios
así como la tea para alumbrar devora;
apóstol que violentas las puertas de la aurora
para que la esperanza, como un pimpollo, se abra
ante tus formidables torrentes de palabra
que tuercen el cabestro vil de las servidumbres,
héroes de la historia, señores de las cumbres,
grandes almas, videntes, mártires, pensadores,
víctimas en los Gólgotas, dioses en los Taboros,
terribles en los Eufrates, mansos en los Jordanes;
Antíocos, Dantones, Kosciuskos, Pablos, Juanes,
—Brazos de Dios, columnas de los cuatro horizontes—

todos los que sois astros, todos los que sois montes
de gloria o de prodigio sobre el nivel humano,
oid!

Cómo hablan en las cimas

Sintiendo un día cierto rumor lejano
de olas o batallones, que asaltando las cuestas
ascendía del lado de las hondas florestas,
el Tupungato, el monte de los cráteres blancos
que desata en cascadas las venas de sus flancos,
y cuya cima es lanza sumergida en la aurora
cuando el Sol, como un ojo de oro flameante, explora
la extensión de la inmóvil población de granito
desde aquel gigantesco balcón del infinito;
el Tupungato, —almena de los vientos, morada
de las tormentas, blanco cual inmensa almohada
sobre la cual reposan los sueños seculares
de cien generaciones— hizo oír a los mares,
a las selvas, en donde con sonoro lamento
en las agonizantes noches se queja el viento,
y a las verdes llanuras surcadas de rebaños,
su gran voz, que no hablaba desde hacía mil años.
Y dijo al Chimborazo esta palabra:

—¡Alerta!

El Chimborazo estaba durmiendo. Gloria muerta
de los cultos vencidos; aquel canoso abuelo
siendo cadáver, no era sino un pilar del cielo.
Inmóvil sobre una desolación de escombros
dejó que cien inviernos nevaran en sus hombros
y anidaran los cóndores en sus barbas; en vano
el huracán mesaba con agresiva mano
la catarata enorme de sus canas; raíces
de robles perforaban sus costados; matices
de ocasos y de auroras cubrían su arrogancia
feroz. Aquel cerro era terrible en la distancia.
Cuando las nubes nimbus velaban su reposo,
parecía que estaba pensando aquel coloso—
pues quizás esas nubes eran sus pensamientos.
Las tormentas le hablaban, le injuriaban los vientos.

el alba de su florido candor le sonreía.

El gigante callaba, desdeñaba. Dormía.

Al escuchar el grito que movió las montañas,
alzó el gigante el velo de sus blancas pestañas
y miró los glaciares de la vasta cadena
doradas por un éxtasis de luz. La mar serena,
el día que asomaba limpio como un diamante.
Las carabanas de árboles en el perfil distante
de los valles. Y abajo, casi a sus pies, la hoguera
del Sol. Todo flotaba en su fulgor. Todo era
silencioso. Las cumbres blanqueadas por la escarcha,
confundían sus grupas como un rebaño en marcha.
Sobre el cuadro volcaba su copa el firmamento.
El monte excelso dijo al monte hurraño:

—Siento

un tropel de borrasca que rugiendo se acerca
por los valles. Diríase que el mar está mas cerca
Los árboles se doblan; polvaredas enormes
suben de las llanuras conmovidas; informes
masas negras encréspanse con flujo de torrente...
Y añadió el otro monte:

—Es el viento.

Su frente
se sumergió en las nubes toda llena de sueño.
El Tupungato alzóse tres leguas. En su empeño
de mirar aquél ancho galope que ascendía
cebrado de relámpagos en el cristal del día,
solivió el firmamento sobre su espalda inmensa.
Y cuando hubo mirado:

—No es el viento. Eso piensa!

—Es Dios que pasa!

—No, es la Libertad. Bronces
y aceros la coronan de centellas.

Entonces

el Chimborazo alzando su voz sobre el abismo,
entre un fragor de rocas le respondió:

—Es lo mismo!

Los héroes

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña les mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silba en las oriflamas
erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.
Aquel viento de cóleras cuelga sobre el abismo.
Los héroes atraviesan una nube. Lo mismo
que una faja de guerra se envuelve en sus cinturas
ese vapor, pues miden tanto sus estaturas,
que aun se ve las espuelas de la hueste que sube
cuando ya los penachos flotan sobre la nube.
Sus pulmones respiran flameantes desahogos.
Si Dios tiene jaurías, así serán sus dogos.
Nada ven; mas acaso guardando el contrafuerte,
de la opuesta ladera, los espía la muerte.
Y a este presagio, vuélvese el asalto bravo
sombriamente mudo, pues nada hay más sombrío
que esos grandes silencios de almas sobre las cimas.
Ya han dejado a sus plantas flores, lluvias y climas,
y sólo entre las claras nieves del firmamento
con un trémor de orquesta les acompaña el viento.
La cumbre sube tanto por los éteres vagos,
que sus árboles viéndose tan lejos de los lagos,
reflejan sus ramajes en el azul del cielo.
Y cuando las tinieblas dejan caer su velo
sobre los viejos troncos que hacharon las centellas;
tan cerca de las copas fulguran las estrellas

que parecen, borrando todo humano vestigio,
el rocío de aquellos árboles de prodigio.
En tanto que la hueste sube por las laderas
un solemne silencio cae de las banderas.
El soplo de las nieves sobre las carnes vibra
como un filo de acero, pero ninguna fibra
se estremece, pues fieros en su obstinado brío,
prefieren la muerte a temblar— aun de frío!
El Sol escolta aquella bravura. Unos tras otros
cruzan los paladines. Los pechos de sus potros
sumérgense en la pálida inmensidad celeste.
Diríase mirando la ascensión de la hueste,
que esos jinetes, sombras de un huracán de guerra,
al darse con los vértigos donde acaba la tierra,
espoleando fantásticas bestias de cataclismo
van a cruzar a nado los golfos del abismo.
En ese instante el drama tiene una peripecia,
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el Sol flechas de lumbre,
al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de proas, que esfumando en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma;
“Ya están aquí los cóndores”, dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas
asesinan; sus plumas vibran cual sordas harpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como un ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana,
los pájaros oyendo la invocadora diana,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y a tal altura encuentran a los héroes, que cuando
se contempla los cerros que a sus pies van quedando
parece que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas,

La aventura

¿Qué dijeron los cóndores al volver con la nueva
a las cumbres, en donde el firmamento nieva
sus copos fríos, como un lago que deshoja
los lirios de su margen, sobre la cual arroja
una ancha cinta negra la noche circunstante?

Los cóndores hablaron de una visión gigante:
la guerra, coronada de palma redentora,
algo así como cráter vomitando una aurora,
algo como un océano, cuyas ondas salobres
al desatar sus flujos sobre los suelos pobres,
fecundan lo que amargan, siendo bonanza en la ira
más allá de las pampas donde el pulmón respira
los atlánticos vientos, ásperos de salitres;
más allá de la cumbre que visitan los buitres;
en la trágica púrpura del ocaso que abate
sus nubes, como rotas banderas de combate
sobre las agonías de lontananzas grises,
era una formidable resurrección de países.
Batallas.—Sordos trotes en la tierra.—Clamores
de iras en el viento.—Selvas de vencedores,
el espanto sirviendo de vanguardia a la gloria.
Redenciones.—Labrando los flancos de la historia
con sus espuelas, iban en pos de una quimérica
ilusión, los oscuros sembradores; y América
alzábase al empuje de la Rebelión, salva,
con sus largos cabellos bañándose en el alba.
En el arca fecunda de sus nobles caderas
palpitaban sazones, brotaban primaveras.
La esperanza nacía; una salvaje infancia
de pueblos, rica de alma, de vida y de fragancia
torpes alas tendían vagamente a los cielos.
Había un temblor de astros sobre esos torpes vuelos.
Esplendores, presagios de proezas futuras
coronaban los vértigos de todas las alturas:
hablábbase en voz alta al porvenir. La espada

abría a las auroras una eterna portada
sobre cuyos pilares el Sol se detenía.
Tal hicieron los altos caminantes que un día
vieron pasar las cambres en visión de heroísmo.
A su frente, midiendo a pasos el abismo
iba un hombre, un soldado de frente vencedora.

El

El

Era el luminoso cómplice de la aurora
el fiero concurrente del destino. El consorte
de la espada.

El era su estrella.

Un solo corte
de su acero hizo trizas el baluarte funesto
de la sombra. El espanto decía "soy su gesto",
y el prodigio "soy su caballo". Sordamente
las tormentas bajaban a visitar su frente
como si se tratase de una sagrada encina.
Su brazo era el martillo de una industria divina,
frío, tenía un solo color, pero éste era
el del bronce. Profundo, su gigante carrera
más conmovió las rocas que removió la arcilla.
Su sable era el arado, su sangre la semilla.
La gloria le trataba fraternalmente. El viento
le abría paso. Un vasto fulgor de pensamiento
alumbraba las nubes detrás de su cabeza.
su vecina más próxima se llamaba "grandeza".
El cóndor le decía "señor" y las naciones
"abuelo". Era beluario de águilas y leones.
El pendón de los reyes temblaba en su presencia,
tenía dos blancuras: su espada y su conciencia.
A su espalda quedaba la noche. A su costado
rugía el mar. La dura suerte lo hizo esforzado,
siendo el fuerte la barra cuando el yunque es la suerte
su nudo gordiano era la victoria. La muerte
meditaba en presencia de aquel rostro de justo,
no iluminaba, ardía; no era hermoso, era augusto;
su espíritu animaba toda esperanza trunca,

la fuga aseguraba no haberle visto nunca,
 detrás de sus talones se detenía el miedo.
 Cuando esbozaba triunfos, la punta de su dedo
 escribía la guerra como una áspera pluma.
 Bajo sus fuertes riendas el mar echaba espuma.
 En la lucha, dorado por cárdenas vislumbres,
 de la cercana sierra coronada de inviernos,
 recibía el saludo de los montes eternos
 con esa bondad grave que a la grandeza auxilia.
 Montañas, mares y astros eran de su familia.
 La suerte de los pueblos galopaba en el anca
 de su caballo heroico, y su espada era blanca
 como una virgen, siendo terrible como el rayo,
 cuando la servidumbre, la pena o el desmayo,
 encorvaban las nuca y affligían los pechos,
 descerrajando el arca santa de los derechos
 que es como el tizón donde duerme la brasa de oro—
 aquella hoja asomaba cual celeste meteoro
 ante el cual la siniestra noche retrocedía,
 pues su filo trazaba la longitud del día.
 Tales espadas eran para brazos tan grandes,
 en aquel tiempo estaba San Martín en los Andes.

De monte a monte

Flotó sobre las cumbres un rumor. El sereno
 azul se puso turbio como si oyera el trueno.
 Algo hablaba:

—Le he visto, murmuró el Chimborazo.

Y el Tupungatú dijo:

—Le percibí: era un brazo,

esgriniendo una lanza tan enorme en el viento,
 que al ver como su punta rayaba el firmamento
 de nube en nube, a impulsos de una heroica pujanza,
 el cielo parecía prendido a aquella lanza.

A menos que todo eso no fuese una bandera.
 La libertad es dulce como la primavera.
 Yo he aprendido de ella un sublime lenguaje
 definido en los nobles ritmos del oleaje.

Sé expresar la palabra que las alturas puebla
de esplendores, siendo astro sobre toda tiniebla,
y proclamar las guisas en que el laurel abunda.
Así habló el viejo monte con su voz más profunda,
teniendo a un lado el viento y al otro el oceano.
Mas viendo que callaba su gigantesco hermano
cuya frente, en las nubes solemne aparecía:

—Y tú ¿qué has aprendido a decir?

—¡Madre mía!

Patria

¡Patria! Te adoro en mi silencio mudo
y temo profanar tu nombre santo;
por tí he gozado y padecido tanto
cuanto lengua mortal decir no pudo.

No te pido el amparo de tu escudo
sino la dulce sombra de tu manto;
quiero en tu seno derramar mi llanto,
vivir, morir en ti, pobre y desnudo.

Ni poder, ni esplendor, ni lozanía,
son razones de amar. Otro es el lazo
que nadie nunca desatar podría.

Amo yo por instinto tu regazo:
madre eres tú de la familia mía....

¡Patria! de tus entrañas soy pedazo!

MIGUEL ANTONIO CARO

Palabras cordiales

SIGUE, poeta, labrando tus versos en la paz profunda del crepúsculo. Rima tus emociones, eleva tu alma sonora, desata el ala de tus pensamientos.

Bajo la luz de las estrellas grato es sentir la caricia de los céfiros y la quejumbre de los surtidores. Piérdete en los boscajes oscuros donde vaga la quimera. Saluda las auroras y los pálidos ortos, hunde las pupilas en los ignotos ámbitos, mira serenamente la corola del sol.

La lira tiene músicas para todos los matices del dolor y del amor, palabras supremas que resumen la vasta visión de la vida. Dentro de ellas el corazón es una flor de sangre que da su perfume o deshoja fríamente sus pétalos. Hay que decir las canciones al diamantino fulgor meridiano, al misterio de la noche, al viento que pasa. Hay que poner una tenue bruma de plata sobre los áridos escarpes del sendero, cubriendo los abismos con una ligera telaraña azul; impulsando hacia los altos laureales de la gloria al taciturno ruiseñor que anida en nuestro espíritu.

Tañe el dulce instrumento con esa singular virtud de ilusión que crea el recóndito ritmo y puebla el alma de fantasmas errantes y el cerebro de constelaciones.

Y que cada cuerda exprese una arcana alegría o un nuevo dolor.

FROILAN TURCIOS

(*Esfinge. Tegucigalpa.*)

D. José Echegaray

ELOGIO FUNEBRE

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE

El día 14 de septiembre de 1916, con el S. D. José Echegaray perdió España uno de sus más ilustres hijos y la Academia Epañola uno de los más antiguos y eminentes individuos de número. Solía él acudir a esta Corporación con extremada puntualidad, desafiando inclemencias invernales, para él temibles; y la esperanza de escucharle durante los preliminares de cada Junta no era el menor incentivo para la diligente asistencia de los compañeros. Porque sus tesoros de doctrina, la opulencia de sus variados recuerdos y la lozanía de su ingenio, desafiadora de los años, fluían en su conversación cautivadora; conversación de aquellas que embelesan mientras las escuchamos y después quedan flotando sobre el pensamiento propio, acompañándole, solazándole y estimulándole largo rato.

El mágico ascendiente veniale a Echegaray de una prerrogativa, la más excelsa, de la senectud: la plácida serenidad del desinterés definitivo, que les parece sobrehumana a quienes

persisten en la áspera brega de la vida; aquel dulce sociego que ya mira las cosas, y las gentes, y los acaecimientos, limpios de irisaciones enfadosas que son anejas a las pasiones; anticipación inefable de la paz santa, prometida a quienes aciertan a merecerla. Quien escuchaba aquella voz argentina, que conservó siempre el timbre juvenil, y contemplaba aquel busto de marfil, delicado y terso, maravillábase de estar en presencia del orador político que soliviantaba y arremolinaba las pasiones revolucionarias en las Constituyentes de 1869; del dramaturgo borrasco y truculento que durante un cuarto de siglo subyugó, electrizó, desconcertó y revolvió al público dentro del teatro y fuera de él, con bravía vehemencia. Estas gestas realzaban la afabilidad tranquila del anciano.

En la Academia Española, puesto Echegaray al trabajo, no escatimaba la diligencia. Redactó o revisó innumerables cédulas de las Ciencias físico-matemáticas, por él señoreadas, y no le cansaba la lectura de las obras en los concursos, certámenes y premios, celosísimo de la justicia. Así, fué de los promovedores del galardón que la Academia otorgó al entonces joven autor de la novela *Amor de los amores*, hoy Académico de número, D. Ricardo León, antes que su merecimiento obtuviese la ejecutoria del renombre. A conciencia procuraba siempre el acierto en tales adjudicaciones.

Durante muchos años fué Echegaray figura culminante en zonas muy diversas de la intelectualidad española, donde ahora se lamenta su muerte y se rinde a su memoria esclarecida los debidos homenajes. Pero ni en la Academia Española, ni en la de Ciencias, que presidía, ni en las asambleas políticas le sería hecha justicia cabal si se desintegrase la realidad aislando alguno de los ejercicios de su entendimiento extraordinario, a causa de que la pluralidad y diversidad misma de sus vocaciones, de sus aptitudes y de sus obras, es el trazo fisonómico que más le singulariza y enaltece, aun colocada aparte la maestría de cada pieza. A muy pocos de entre los más eminentes hombres que la Historia encumbra, les fué concedido poseer a la vez la primacía entre los apartados y heterogéneos grupos de eximios y especiales cultivadores de ciencias y artes, obteniendo acatamiento perdurable y simultáneo de quienes a cada uno de tales ejercicios se circunscribieron de por vida. Aún suelen reputarse inconciliables disciplinas y ejercicios tan contrapuestos. Para la generalidad, aparecen separados por divisorias infranqueables, y tan sólo la genial elevación puede verlas aplanadas y convertidas en ordenación aclaratoria del conjunto, para mejor abarcarlo y dominarle.

Este fué el caso privilegiado de Echegaray. Sin su felicísima vocación literaria habrían

fructificado mucho menos sus estudios científicos; y arte y ciencia le valieron juntas para brillar como brilló, e imprimir la huella que dejó de su tránsito casi eventual por los campos de la política y de la Administración pública.

Tuvo y usó Echegaray un estilo inimitable, peculiar, originalísimo, a causa de esta pluralidad de sus vocaciones y del afortunado despliegue que al seguirlas hizo de sus portentosas dotes. El lenguaje poético de sus dramas está matizado, iluminado, esmaltado, enriquecido por imágenes, tropos, epítetos, insinuaciones y conceptos, oriundos del señorío que ejercía sobre el mundo físico; sugeridos por el conocimiento, que le era familiar, de leyes y fenómenos naturales que contemplan otros como arcanos, en vez de acudir a la mitología o la historia clásicas, o de dar nuevo curso a la borroca calderilla de los tradicionales aspectos de la Naturaleza, por tantos otros escritores mal sentida o no contemplada siquiera.

Las páginas, en cambio, de divulgación científica, por la amenidad, la claridad, la galanura, la fantasía; por la frase sintética y magistral, que da plasticidad a fugaces abstracciones, o simplifica fenómenos complejos, rescatándonoslos del misterio, frases que parece que se incrustan en la mente del lector, sirvieronle a Echegaray para dar cima a una obra

titánica y bienhechora. Lo que consiguió fué romper un istmo y juntar dos mares: el mar de indagaciones asombrosas e inventos científicos admirables, que transformaron la industria y la vida, durante la última centuria; y el mar de entendimientos necesitados de conocerlos, que vivían ayunos por irremediable incultura.

El premio Nobel que a Echegaray fué adjudicado en 1904, aunque tuvo carácter literario, y bien merecido era en este concepto, pudiera también coronarle por bienhechor; que con dificultad se imagina otro ejercicio literario que más lo sea.

Quedaríase la literatura en vano y casi reprehensible pasatiempo si tan sólo nos diese ocasión para admirar el primor de la labra, como en ociosos dijes. Aquélla es grande y excelsa porque comunica, despierta, ennoblece y exalta pensamientos y corazones; porque facilita y allana la anexión al alma del lector y del oyente, de lo más fértil, depurado y exquisito que descubren o crean las almas privilegiadas, las de todos los tiempos, en toda la redondez de la Tierra. Así escribió Echegaray con éxito felicísimo.

Traducía su pluma la penetración privilegiada de su mirada, sin detenerse en la somera exterioridad cósmica; y aunque con ello se privaba de muchas especies poéticas y de muchas galas autorizadas por rancio abolengo

en la Literatura, bien advertido estaba de que no corría riesgo de que se disipase la sugestión estética que tienen los arcanos. Mejor que nadie sabía él, y lo declaraba en términos inolvidables su discurso inaugural del curso universitario en 1905, que los más portentosos hallazgos e inventos científicos no traen sino la ruina de unas hipótesis y el brote de hipótesis nuevas que flotan entre enigmas, corriéndose delante de la investigación conquistadora, pero no desvaneciéndose, ni aclarándose siquiera, la poética neblina de los misterios.

La compleja vocación de Echegaray tuvo este sello: no había nacido para aplicar su potente inteligencia ni su ahincado trabajo a los inventos secretos y las solitarias pesquisas, que apenas se comunican entre los iniciados y de los cuales se entera y saca consecuencias, gigantescas a veces, una posteridad más o menos remota. Toda la vida de Echegaray, al contrario, consistió en convivencia y comunicación efusiva con sus contemporáneos, con la generalidad del pueblo entero. No tan sólo está confirmada esta nota característica por los trabajos de divulgación científica; cuando la ráfaga manchesteriana recorrió toda la Europa con idílicas y seductoras promesas de prosperidad económica y de fraternidad internacional, ejerciendo poderoso influjo en todas partes, llegaba Echegaray a la madurez de su vida, y fué uno de los contados, escogidos e infati-

gables propagandistas de aquella escuela. Importa poco que luego el viento saltase a opuesto cuadrante, y adquiriese auge, que perdura hoy, la contraria concepción de la economía internacional; porque estas mudanzas son de la jurisdicción del tiempo, y no por ellas queda eliminada del proceso vital humano aquella singladura librecambista, la cual en el curso de la total evolución había de ser navegada como lo fué, y cuyos resultados, no por estar latentes, tienen menor realidad en el desenvolvimiento económico ulterior.

Análogas advertencias sugiere la parte que tomó Echegaray en aquella honda conmoción política de 1868, henchida de nobles esperanzas, que fué poderosa para truncar la continuidad secular de nuestra Monarquía. Entonces, como siempre, vemos a Echegaray pisando las cumbres, su nativo lugar; y aun cuando bien pronto mostró el suceso que no era él sino un transeunte en la política y en la gobernación, ved sus huellas: las bases de legislación minera que perduran pasado medio siglo, y la erección del Banco Nacional, columna vertebral de la economía española.

Apartado luego de aquellos campos movedizos, en plena madurez de su vida, compareció en el teatro; sus primeros pasos le condujeron a la cima, y empuñó el cetro, haciéndose exclusivo y avasallador su imperio en la escena durante un cuarto de siglo. Mas no consistió

su campaña tan sólo en dar piezas dramáticas para lucimiento de los representantes y para regalado solaz del público; cautivó a éste, le hechizó y le enfervorizó hasta ponerle en clamorosa exaltación. Hubo entonces una compenetración social con el teatro, de la cual no conozco precedente en tiempo alguno.

Pero bien entendido que esta compenetración se operó, no porque la dramática de Echegaray germinase en el ambiente de la escena de su tiempo, española ni exótica, de modo que acertase él a captarlo y darle cuerpo y vida, no. Su iniciativa fué personal, distinta e inconfundible; hizo irrupción en el entonces aletargado teatro. Sin proceso evolutivo, cual si viniese de otro planeta, llegó, se irguió y se alzó con el imperio de la escena, que señoreó y monopolizó durante muchos años. Tuvo la originalidad de un raudal de encendida lava, que ignora y no intenta averiguar al derramarse la fauna ni la flora que rodean el cráter.

Si tuviese yo personal competencia para la crítica, diría lo poco que en breve espacio cabe decir de mis predilecciones entre las piezas dramáticas de Echegaray; porque ni las suyas ni las de otro autor alguno, aun el más excelso, pudieron quedar igualadas entre sí. Estorbaríalo, cuando no otro motivo, la temerosa rivalidad de unas con otras, realzadas todas por la potencia genial de quien provienen.

Acontecería luego que otros juicios alterarían la jerarquía del mérito, anteponiendo unas y postergando otras producciones, porque es irreductible la diversidad de los criterios y del gusto. Mas no creo aventurado asegurar que todos coincidiríamos en admirar la fecundidad de nuestro dramaturgo; y también en advertir que la proporción entre las obras suyas que deberán mantenerse siempre en primera línea, con las restantes hijas de su ingenio, sale aventajada, al compararla con el número de piezas teatrales que alcanzaron análoga fortuna entre las respectivas producciones de los más afamados escritores.

En el discurso de unos diez y ocho años se acercó a 70 el número de los dramas, de tres o cuatro actos cada cual, todos de alto vuelo, con que enriqueció Echegaray nuestra dramática; por donde infiero que, si dedicare al teatro su vida entera, habría mostrado que la Madre Naturaleza descansó ya, en efecto, del *esfuerzo gigante* con que nos dió al gran Lope, con quien también en esto compitiera.

Sin duda, es cosa muy principal la excelencia intrínseca de sus dramas, e importan para la gloria del autor los aciertos que en ellos alabe la crítica y que la posteridad ratifique y consagre; pero hemos de considerar ahora otro mérito, que es distinto y excepcional.

El advenimiento de Echegaray fué cuando la pléyade insigne que había glorificado nues-

tra dramática durante el segundo tercio del siglo XIX, casi toda extinguida por la muerte, aun en sus sobrevivientes, los García Gutiérrez, los Hartzenbusch, los Ayala, los Tama-yo, cesaba ya de producir nuevas obras; cuando la intercendencia daba ocasión para que la empobrecida vena castiza fuese suplantada parasitariamente por una filtración traspi-renaica, en aquella sazón inficionada por un naturalismo embrutecedor y por aberraciones de estragada sensualidad; insanos contagios que traían grandes menguas, aun no siendo asimilables de modo perenne entre nosotros. Entonces compareció Echegaray y su obra fué una potente y victoriosa reivindicación castiza, una desinfección salvadora de nuestro teatro.

Entraba Echegaray en su empeño con el alma impregnada del espíritu moderno; eran avanzadísimas sus ideas, y como quien más se desentendía de cánones y de clasicismos; muy ajena a sus propósitos, cualquier atadura con las tradiciones literarias; ni en la estructura de sus obras, ni en su lenguaje, ni en los asuntos; asuntos, todos ellos, tomados de la atormentada y vacilante espiritualidad contemporánea. Podemos decir que no hubo congoja, conflicto, titubeo, ansiedad, divergencia, anhelo ni decepción del alma española en aquella generación, que no captase él y la convirtiese en núcleo de alguna de sus obras teatrales. Y

con todo ello, y con ser tan poderosa la energía de su personalidad literaria, notadlo, como lo han notado ahora algunos comentadores de su fallecimiento: su dramática vino a ser una ráfaga de neto españolismo, con hondísimo y potente sello calderoniano, con asombrosas coincidencias en la estructura, en los procesos escénicos, en la ideación, en muchos cardinales conceptos psicológicos y éticos, de los que siempre palpitan en las acciones teatrales.

El gran Castelar, cuando en nombre de la Academia Española acogía a Echegaray en la solemnidad de su ingreso, ha veintidos años, notaba y encarecía esta espiritualidad, que es timbre común a las obras del nuevo compañero. No obstante el ambiente, triunfador entonces, impregnado de naturalismo materialista, con propensiones lastimosas a las más innobles groserías, no obstante la intensa y larga profesión por Echegaray de las ciencias físico-matemáticas, que pudiera haberle seducido y desviado; no obstante su alejamiento de los influjos de la tradición, retoñó en su teatro el rancio jugo con vigorosa pujanza; siempre aparece en sus dramas el alma inmortal, libre y consciente, con la plenitud de su responsabilidad ética; es decir, en suma: el alto, el ennoblecedor concepto cristiano del hombre y de la vida.

En estas escondidas coincidencias, en estas

hereditarias comunicaciones entre la dramática de nuestro siglo de oro y el teatro de Echegaray, veo una manifestación de la santa y misteriosa energía que sustenta en el curso de los siglos la identidad de las colectividades humanas, razas y naciones. Es el fuego interno que las salva de la desintegración mortal. Es la que nos permite creer en la inmortalidad de la patria, aun cuando aparezca ella obstinarse en el suicidio.

Después que se recorra el ancho circuito de las actividades espléndidas de Echegaray; después que se depositen en honor de sus obras las coronas que cada una mereció, queda todavía lo que más estimo en él y lo que reputo más enaltecedor de su memoria.

¡La figura y la labor de Echegaray nos quedan como nervio potente, como trazo fisonómico firmísimo, como aliento perdurable de la patria española!

A. MAURA

Alcalá-la-Manca

Notas para un artículo del Diccionario - Geográfico Espiritual

EN previsión de que algún día se publique el Diccionario a que se refiere el subtítulo de estas páginas, y por si sirven ellas para completar lo que ha de ser uno de sus capítulos más interesantes, anoto a continuación el resultado de un viaje mío y lo que en él vi y observé.

Habiendo dejado el tren en un apeadero insignificante, del que ni en las guías ferroviarias consta el nombre, emprendí el camino por una mala carretera toda llena de baches, desprovista de árboles, polvorienta y triste. Alguien me había dicho que al otro lado de una loma que desde lejos se descubría hallábase la ciudad ilustre de Alcalá-la-Manca, digna de ser visitada, y por verla salí de mi casa y me aventuré a las incomodidades de una expedición que no está en los itinerarios de las agencias de *turismo*.

Ello fué que, tras larga marcha, hallé en un barranco el apelmazado caserío, dominado por una torre de estilo gótico, que era la de la iglesia de la ciudad. Arribé a la calle Real después de vadear un riachuelo sucio que pasa entre los rotos arcos de una puente hundida, y seguí entre la curiosidad de los vecinos, que a las puertas de sus viviendas se divertían, los unos haciendo lentamente alpargatas, los otros trenzando espartos para convertirlos en tomiza, las mujeres calceteando, los niños

dos, cuando vi que venían hacia mí varios hombres vestidos con mayor decencia que los que había visto. Eran los hidalgos de la ciudad; enterados ya de que había llegado un forastero, se disponían a recibirle con toda cortesía. Porque si lo valiente no quita lo cortés, tampoco lo quita el ser manco. Éranlo asimismo los que llegaban, sólo que algunos de ellos disimulaban su defecto llevando en la mano imperfecta guantes negros, con lo que daban la ilusión de hallarse en la posesión de ambas manos. Uno de ellos me saludó y me dijo:

—Bienvenido sea usted a esta ciudad famosa, en la que reside una raza tan fuerte que le basta una mano para hacerlo todo. Dios nos ha dispensado ese honor, por el que le estamos rendidos.

En la turbación que tales palabras me causaron me fué difícil hallar las que correspondía para corresponder al saludo. El hidalgo manco comprendió lo que ocurría en mi espíritu, porque él y todos sus convecinos eran despiertos y de ágil ingenio, y me devolvió la tranquilidad exclamando:

—Comprendemos y nos explicamos su extrañeza—. Es en verdad raro lo que nos acontece a los hijos de Alcalá-la-Manca. Somos una excepción entre los hombres. Ya verá cuando hablemos que esto no es sino una merced celestial. Venga, si se digna, con nosotros, y se enterará con detalle del caso.

Me dejé conducir al Casino de la ciudad, donde vi que para los jugadores del tresillo era mano la izquierda, y todos los concurrentes padecían de manquedad.

—Habrá visto usted—me dijo mi amable guía—que aquí todo se hace al revés que en el resto del mundo. Nuestros antepasados, hace cinco o seis siglos, no eran como nosotros. Ellos disponían de

dos manos y realizaron tales prodigios, que llegaron a inspirar celos y odios a los demás hombres. Entonces empezó el prodigio. Los niños nacían mancos. Un cronista de aquellos tiempos escribió: "Hay en las villas del Rey Nuestro Señor una en la que ha comenzado a criarse una humanidad que carece de la mano derecha, sin que eso sea por efecto excepcional, sino que es común a todos los que allí van engendrándose. Imaginando que esto sería un castigo del Cielo, por graves pecados de aquellos hombres, han intervenido con su saber varios eminentes teólogos y el Santo Tribunal de la Fe; y tras prolijos estudios, han resuelto que no era lo que se sospechaba, sino una bondad del Eterno que de este modo corrige y merma las hartas osadías de una estirpe que, en fuerza de conseguir lo imposible, amenazaba con atreverse a toda empresa, por ardua que fuera. Y sin duda por ello determinó la Alta Voluntad que los hijos de esta villa quedaran mancos de la derecha, y en todo procedieran como tales. Por lo que la Suma Ciencia resolvió que éramos predilectos de Dios y merecíamos especiales honores."

Saltaron de mi mente varios comentarios, pero el hidalgo de la mano torcida no me dejó exponerlos. Siguió hablando.

—No ha visto usted—me dijo—sino lo exterior, el hombre incompleto, y eso le ha horrorizado. Aún le espantaría más el saber que en todo izquierdeamos. Ese puente roto que le ha obligado a vadear el río es una equivocación de nuestro ingeniero, un sabio que sólo tiene en su ciencia la falta de que cuanto construye se hunde. Verá luego nuestra Escuela, en la que hay un pedagogo eminente que tiene la desgracia de que jamás ni uno

sólo de sus alumnos haya aprendido a leer. Asistirá a los debates de nuestra Cámara, y le asombrará la elocuencia de los oradores. Ríase de Cicerón. Ellos son mejores que Marco Tulio. Lo que les pasa es que al ser llamados a convertir en hechos sus pensamientos les zurdea el ánimo y no dan pie con bola. De economistas tenemos legión, y de filósofos caterva. Mas no se dignan descender de los programas a las realidades. Buscan el apoyo en el balaustre de la escalera, y como les falta la mano recia, capaz de sujetarlos, se hunden en el fracaso.... ¿Literatos?.... ¿Poetas?.... Los contamos por docenas. Ellos serán capaces de instaurar un nuevo Renacimiento. Mas no aciertan nunca con el gusto del público, y, desde hace varias generaciones, viven intentando resolver el problema que uno de ellos planteó: "Aquí ¿no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee?" A esto añadiré que somos enemigos de toda labor larga, y que no creemos en las empresas difíciles, porque nos enoja la espera. Si hubiera sido posible hacer el mundo en un minuto, acaso lo hubiéramos intentado nosotros. La mano derecha es, en el simbolismo esotérico, el instrumento de la voluntad. Mancos somos. Somos también débiles en el querer. Quere-nos a medias. Hasta en el amor somos inconstantes. Por eso nació aquí cerca *Don Juan*, el hombre-mariposa, que se posaba en toda flor y la hería sin gozarla en una larga y definitiva posesión.... Hemos tenido héroes, hemos ejecutado empresas colosales, pero las hemos coronado siempre castigando a su autor. La mano izquierda, es la astucia hecha dedos. se ha impuesto en todo momento a la derecha, que es la acción noble y sana.

No pudiendo ya contenerme, grité:

—¡Sois unos desgraciados! . . . ¡Sois la humanidad mutilada!

El hidalgo me puso en la boca la mano de que disponía, y dijo con violencia e ira:

—Poco a poco, señor extranjero. Somos como somos, y no queremos ser de otra manera. Vino cierta vez a esta ciudad un maestro, llegado de luengas tierras, con el propósito de enseñarnos a manejar la mano derecha y despertar la parte de nuestra alma que está atónita; pero le obligamos a marcharse de prisa. Nos negamos a ser como los demás, porque toda singularidad es mérito. Estamos satisfechos y orgullosos de nuestra condición. De ese modo, habrán de enterriarnos a los que todavía somos, y así enterrarán a nuestros sucesores. ¡Ahí es nada, ser únicos, aunque la peregrinidad constituya una deficiencia! ¡Alcalá-la-Manca es única en la tierra. . . . Y si no le agrada, váyase mucho con Dios!

Salí en cuanto pude de aquel pueblo y tomé el tren donde le había dejado. Un pasajero me preguntó de dónde venía, y como yo le contestara que de Alcalá-la-Manca, él añadió:

—¿De cuál. . . . Porque hay muchos pueblos de ese nombre. Y en todos pasa lo mismo que ha visto usted en ese . . . Allí arriba, en aquella cima, está uno de los que del mismo modo se llaman. . . . Allá, en aquella hondura, hay otro que es Alcalá-la-Manca también. Detrás del bosque que se extiende en la margen del gran río hay otra villa de igual denominación y calidad. . . . Y más allá, y en lo más lejano, y en todas partes. . . . Alcalá-la-Manca impera.

Espantado con tales informes iba a esconder mi

rostro, no sé si para meditar o plañir, cuando observé que mi acompañante, el viajero que conmigo conversaba, levantó en el aire su mano derecha, y vi que también era manco.

El sonrió.

—¿De dónde viene usted?—exclamó ¿De los países en que los hombres disponen de dos manos? Pues torne a ellos. Aquí todos somos así. Una máxima devota proclama que la mano derecha no debe saber lo que hace la mano izquierda. Entre nosotros no es caso de titubeo moral. Como la derecha no puede hacer nada, la izquierda no se inquieta por quebrantar el secreto.

Y rompió en sonora carcajada.

De este modo concluyó mi viaje por el país de los holgazanes contentos con su holganza. Luego he sabido que en esas luengas tierras el trabajar es un pecado irredimible. ¡Experiencia de la vejez que sólo sirve para aumentar la amargura!

J. ORTEGA MUNILLA

—Esas viejas amistades, seguras y verdaderas, hechas con fuerza, de las que ocupándose poco se encuentran siempre, son como los muros de otros tiempos, sólidos y firmes, que no necesitan reparación y que están siempre dispuestos a servir de abrigo y de defensa.

—Procurad estar siempre cuidando del timón, y la barca llegará seguramente a puerto.

—La caída de Napoleón ha sido tal como podríamos esperarla de la justicia divina. Su muerte en el campo del honor habría terminado dignamente una carrera indigna.

MADAME SWETCHINE

Matilde ha pasado

La alondra dijo un día:

—He oído el canto de una alondra.

Y la nube rosada que acertaba a pasar, dijo:

—Es tu canto el que has oído.

—No, dijo el ave, no es mi canto.

* * *

La violeta dijo un día:

—Ha llegado hasta mí el perfume de una violeta.

Y el tupido césped en que se mezclaban diminutas fresas dijo:

—Es tu perfume el que has aspirado.

—No, dijo la flor, no es mi perfume.

* * *

La púrpura dijo un día:

—He visto el color encendido de la púrpura.

Y el armiño del manto cardenalicio que arrastra por las gradas del templo, dijo:

—Es tu color lo que has visto.

—No, dijo la púrpura, no es mi color.

* * *

Entonces la alondra, la violeta y la púrpura, exclamaron:

—Es bien extraño, y no se explica, que haya canto de alondra que no sea de alondra; perfume de violeta que no es de violeta, y color de púrpura que no es de un manto de púrpura.....

Pero yo que las estaba oyendo, exclamé:

—¿De qué os asombráis? Bajo la rosada nube, entre el césped mezclado de fresas y por las gradas del templo, Matilde ha pasado con su voz musical, su embriagador perfume y sus labios rojos, muy rojos.....

CATULLE MENDES.

Los dos cortejos

(DÉ J. SOULARY.)

A un mismo tiempo llegan bajo la nave santa
una mujer transida que el féretro de un niño
sigue de cerca, ahogando su maternal cariño
en llanto que le oprime la voz en la garganta,

Y otra que al suyo en brazos con júbilo levanta,
envuelto entre ropajes de bautismal armiño,
mientras el blanco seno, que oculta en el corpiño,
exprime el inocente goloso que amamanta.

Del bautismo y exequias pasados los rituales,
al salir los cortejos del santuario desierto,
se hallaron las dos madres del templo en los umbrales.

Y oh! sublime contraste, del cielo descendido:
la joven madre llora mirando al niño muerto
y la otra se sonríe con el recién nacido!

JUAN DE DIOS BRAVO.

(*Letras. Bogotá,*)

La muerte del invierno

En un sillón raído está sentado un viejo,
el tabaco encendido, con apacible dejo
transfórmase en ceniza en su huesosa mano;
ha rato que a los labios no lleva aquel habano,
tal vez algún recuerdo le llama y le adormece,
tal vez en ese instante su espíritu se mece
en una red de ensueños que animan esa historia
de sus mejores años en que buscó la gloria.

¿Duerme, o medita el viejo de faz ennoblecida?
¿Medita en la tristeza de abandonar la vida
y acercarse a la noche, desfalleciente y lerdo?
¿O evoca en la borrosa penumbra del recuerdo,
el alma saturada de extrañas agonías
espectros de nostalgias, perfumes de alegrías.....
algún laurel ganado bajo propicia suerte,
o algún lejano idilio que se llevó la muerte?

De pronto aquel silencio solemne se conturba;
de voces infantiles una agorera turba
anima aquel semblante donde el olvido impera,
y dos hermosas niñas de rubia cabellera
penetran a la estancia.... y con flexibles lazos
como a la ceiba añeja lo estrechan en sus brazos
y parece el anciano de mejillas rugosas
como un jarrón antiguo coronado de rosas.

Primavera es infancia, es fortaleza, es brío.....
el invierno es un viejo que se muere de frío.

JOAQUIN ROCA

El derecho de la madre

EL CASO DE LA SRA. DE SAULLES (*)

V ENGO aquí, como en juicio de piedad justiciera, defensora de la señora Blanca de Saulles, Y acudo, más que por solidaridad de raza, impulsada por un sentimiento de adhesión para con la universalidad de la mujer, en su altísima característica de madre.

Con respecto al asunto de la desdichada señora, no pretendo usar de términos jurídicos, basados en la convención discutible del reglamento legal, por parecerme más veraz y sencillo guiarme por los dictados de la conciencia, en razón directa del mandamiento incuestionable del derecho natural, que sentencia, que el hijo peque-

(*) La historia que dió lugar al proceso de que se ocupa la señora Mc. Grigor en artículo que reproducimos aquí en su mayor parte, nos la dió así un amigo de Nueva York en carta escrita pocos días antes del fijado para el fallo:

"La señora de Saulles es miembro de una notable y acaudalada familia de Chile. Esta dama se casó en París recién salida del colegio, a los 18 años, con un norteamericano nacido en esta ciudad, quien, sin ser pobre, no podría decirse rico; eso en cuanto a dinero, porque él, por su familia, era factor influyente en la política de este país.

"La desgraciada señora, que dicho sea de paso, es bellísima, de rostro dulcemente infantil y melancólico, contando ahora solo 22 años, fue infelicísima en su matrimonio, a causa de la vida de disipación que llevaba su marido. Este la trajo a esta ciudad y la aisló de todo el mundo, para que ella no tuviera amigos que se pusieran de su parte, y así poder llevar sin obstáculo alguno la vida que se llevaba, en compañía de mujeres alegres.

"La Sra. De Saulles soportó todo al marido mientras no se la ofendió como madre. Ella tiene un hijo de cuatro años, y el padre acostumbraba llevar al pequeño a sus cotidianas saturnales; la madre,

ño es de la madre, sin excepción de caso; y por consecuencia, quitándosele judicialmente es provocar un seguro conflicto entre las leyes naturales y el Código Penal. Porque es natural y justo que la madre, viéndose desposeída de su pequeño hijo por la fuerza de la Ley, se vuelva contra ésta en un sentido u otro.... Y habrá sido la Ley misma quien la precipite indirectamente en lo prohibido!...

Es tan sagrada la soberanía de la madre sobre el hijo menor, que es imposible que un tercero se la dispute, ora sea en nombre de ésto o bien por aquéllo, sin fomentar una tremenda tempestad en su alma; sus sentimientos maternales llegan a un máximun de desdoblamiento, y todo su

para salvar al niño de la viciosa escuela de su marido (las cosas llegaron al extremo de saber el chiquito los nombres de guerra de las mujeres de la vida alegre que acompañaban a su padre), resolvió divorciarse, como único medio de sustraer a su niño de la malsana influencia paternal. Seguro parecía, por justo y de ley, que dieran a ella la absoluta tutela legal de su hijo. Mas no sucedió así; Mr. De Saulles influyó *políticamente*, y contra toda equidad, se sentenció que el niño pasaría 5 meses con la madre, y otros 5 con el padre. Esto fué un golpe terrible para la Sra. De Saulles, porque durante cinco meses del año, la mantenía alejada de su pequeño y entregaba el chiquito, por completo, a la mala dirección del padre.

“El día que se terminaban los cinco meses que correspondían de convivencia legal con su hijo a Mr. De Saulles, la esposa fué a casa del marido en busca de su niño, pero éste se negó a entregárselo; ya había la circunstancia de que Mr. De Saulles amenazaba a la madre con quitarle definitivamente a su hijo. La Sra. De Saulles insistió en el derecho legal que tenía de llevarse a su hijito, pero como el marido continuara oponiéndose a la reclamación de la madre, desesperada, le disparó un tiro y lo mató. Después, ella se entregó voluntariamente a la autoridad.

“A causa de su violento hecho, su salud se resintió grandemente, y ella aparece ahora en los fotograbados de los periódicos, bella siempre, pero doliente y abatida. Su causa se verá en audiencia pública el 19 de este mes.

“Este proceso está haciendo mucho ruido, por tratarse de tan oscumbrados personajes que juegan en él.”— E. E.

sér se desquicia, afectando momentáneamente la serenidad directiva de su reflexión; entonces su mano ejecuta sobre aquel que la amenaza privarla de su criatura, y lo aniquila, con la fuerza impulsiva e inconsciente que asiste al rayo que cae de lo alto!...

Y en ese gesto trágico, de madre enloquecida por la desesperación de ver que le roban al hijo de sus entrañas, habrá sido legítimo juez de su causa; y su persona deberá ser inviolable, por la excelsitud del carácter que representa.

En ese punto de mira patológico-moral, hay que colocar a la señora Blanca De Saulles para juzgarla debidamente como a una exaltada de amor materno. No quiero decir con esto, que las buenas madres no harían lo que hizo la antedicha señora, si se hallaran en su caso. Al contrario, creo honradamente, que éstas procederían lo mismo que procedió aquélla, y justamente por ser madres de veras. Yo, por ejemplo, que lo soy, con solo suponer encontrarme en idénticas circunstancias que la señora Blanca De Saulles, me siento inclinada a repetir su hecho. Aunque después, como a esa madre dolorosa, nos abrumaría la violencia de nuestra acción, hasta enfermar física y moralmente; mas no por ello nos creeríamos culpables porque, por encima de todo, y a pesar de todo, están las consideraciones maternas para absolvernos.

Los que tuvieron madres cariñosas, y saben de sus ternuras, no se atreverían a imputar a la señora Blanca De Saulles haber llevado hasta el límite de lo trágico, la exaltación del afecto que profesa a su pequeño.

En concepto mío, la antedicha dama es, en cierto modo, una víctima de los procedimientos legales; porque al cumplir la Ley con la letra del reglamento, puso al mismo tiempo en tortura su corazón de madre; y ella, en el paroxismo del sufrimiento, se defendió como pudo. De ahí que pudiera suponerse que el rigor de la Ley armó indirectamente su mano. Pero su agresión no iba dirigida al hombre, ni al marido, ni al padre, sino que fué contra el obstáculo que se interponía entre su hijo y ella.

Y claramente se observa, que su acto no fué tampoco deliberado, sino que surgió maquinalmente, en un momento de desconcierto mental, debido a la obsesión de perder a su niño, que ha tiempo la perturbaba.

¿A quién cabe aquí la responsabilidad de la catástrofe? Podría decirse, sin pecar de irreverentes, que en mucho le toca al precepto judicial, que desatendió con su entredicho la justísima petición de la señora Blanca De Saulles, al reclamar para sí la exclusiva posesión legal de su hijo.

¡Era lógico que el niño fuera doblemente de ella, como madre y como parte ofendida!

Acaso alguien objetará que la Ley tenía que mantener también el derecho que alegaba el padre sobre la convivencia consigo del hijo; pero ¿qué razones convincentes expuso para justificar su pretendido derecho? ¿Que amaba al pequeño? ¡Mentira! Si lo hubiera querido no intentaría separarlo de la madre, sabiendo que el niño necesita indispensablemente de los cuidados maternales, porque nada ni nadie podrá remplazarlos jamás.

¿Convenía a la inocencia del niño la compañía paternal? El hecho de ser padre por el logro de un instante de voluptuosidad, junto quizás a algún móvil de interés metálico, era sin valor atendible por carencia de virtualidad moral, ante la legítima reclamación del derecho de la madre.

El afecto de padre, por grande que sea, es pálido reflejo comparado con el cariño maternal. Y esto se concibe, desde luego que en el advenimiento del hijo, a la mujer toca el costo del sufrimiento; y esto basta para que el padre nunca esté autorizado a disputárselo a la madre.

La Naturaleza sabiamente dispuso ligar la criatura a las entrañas de la madre, como si con su hechura material, de antemano quisiera manifestar que, en la vida, el hijo debía continuar moralmente adherido a ésta. ¡Bien le debe aquélla, esa equitativa compensación a la mujer, por haber favorecido en demasía a masculino, al imponer a femenina sola toda el dolor de la procreación de la especie, en las desazones adherentes al proceso fisiológico de la maternidad; en las molestias consiguientes a la lactancia; en el cuidado de velar constante junto a la cuna del recién nacido, y de seguirlo, solícita, en su desarrollo progresivo.

Y cuando sabemos que alguno, no importa quién, se atreve a disputar en parte, o del todo, un pequeño a su madre, sentimos un espontáneo movimiento de indignación, juzgando una monstruosidad que intenten separarlos.

Comprendo que las leyes escritas por los hombres, siendo de pronóstico profesional, estén en desacuerdo con las disposiciones armónicas de las leyes naturales; y que por eso traten los jueces el

caso de la señora Blanca De Saulles, según la pauta del Código Penal.

Mas, hora es ya de que el legislador moderno, busque en la veracidad del oráculo de la naturaleza maestra, fórmulas nuevas adaptables al movimiento de los humanos.

Yo estoy convencida de que la razón está de parte de la señora Blanca De Saulles; mas, para reforzarla, no haré volver los cargos que la opinión pública señala al que fué su marido, por repugnarme acusar a un muerto.

¡ La madre no pertenece a ninguna raza, ni tiene nacionalidad, porque su alma, inquieta y palpitante, es universalmente una en su esencia de emoción, así como es de dolorosa su entraña generatriz de vida !

No obstante, en descargo de la señora Blanca De Saulles, expondré, a la ligera, algunos de los rasgos salientes que caracterizan la psicología de la mujer latina, y sobre todo, de la hispanoamericana: esta última, por índole y por tradición, es generalmente sumisa a las imposiciones del marido, y sufre sus agravios con una resignación rayana a veces en lo humillante; y aunque es de temperamento apasionadísimo y celoso, perdona indulgentemente sus deserciones a aquél; en sus disgustos matrimoniales, no apelará a la protección de la Ley sino en último extremo, porque el escándalo la asusta y la avergüenza; siendo sumamente piadosa y un poco infantil, le es imposible ser vengativa: coloca el amor de madre por sobre todos los amores, y ama a su hijo con devota idolatría; como mujer, es capaz de soportarlo todo al marido, siempre que no perjudique con

ello a su hijo; en hiriéndola en la sensibilidad de sus fibras maternales, se convierte en leona; y de la habitual tímida mujer, surge instintivamente la hembra santísima, pronta a defender valientemente su hijuelo, sin detenerse a reflexionar en ninguna otra consideración.

.....

¡ Vengan las demás madres a ocupar el puesto que les corresponde en la demanda de la señora Blanca De Saulles! Están en el deber de tomar causa por ella, haciendo llegar hasta el jurado la fuerza de sus sentires. Mediten que defendiendo a esa madre infeliz, se defienden también a sí mismas.

¡ Abuelos paternos del pequeño Johon, por amor de este inocente, pidan al tribunal clemencia para su madre, como sin duda lo haría si hablar pudiera, el alma del extinto, ya depurada por la eternidad! ¡ Pongan en la tristeza de este proceso una nota de generosidad consoladora, devolviendo el niño a su madre, y serán Uds. justos y habrán conquistado el respeto de los hombres!

¡ Jueces, recuerden que nacieron de madres, y en consideración de ellas absuelvan a la otra, en la mujer exangüe que está en presencia de Uds!

* * *

¡ Diríase que en el alma desolada de la señora Blanca De Saulles se ha roto algo vital; ha sufrido tanto, que ya sólo se conmueve cuando recibe la caricia de su hijito, que es un ángel de redención!... (*)

— JULIETA P. DE MC. GRIGOR

(*) La señora De Saulles fué absuelta de culpa por el jurado.—E. E.

Henríquez

Un año hace que os mando, les dijo el capitán, que otro me suceda—!Voy a casarme con una rica viuda de Córdoba, y renuncio al puñal del ladrón por la vara del corregidor!

Y abrió el cofre. Era el tesoro destinado al reparto; mezcla de vasos sacros, de doblones; una lluvia de perlas, un río de diamantes.

Para tí, Henríquez, los pendientes y la sortijas del Marqués de Aroca; para tí que lo mataste de un tiro de carabina en su silla de posta.

Henríquez se colocó en el dedo el topacio ensangrentado, y colgó a sus orejas las amatistas talladas en forma de gotas de sangre.

Tal fué la suerte de los pendientes con que se había adornado la duquesa de Medina—Coeli, y que Henríquez, un mes más tarde, dió, a cambio de un beso, a la hija del carcelero.

Tal fué la suerte del anillo que un hidalgo había adquirido de un emir, al precio de una yegua blanca, y con el que Henríquez pagó una botella de aguardiente unos minutos antes de ser ahorcado!

ALOYSIUS BERTRAND

(Del libro *Gaspard de la Nuit.*)